

der en nuestros corazones el deseo de amar, honrar y servir á aquella por quien respiramos y de quien recibimos tantos bienes.

§. VI.—Que María es el paraíso de delicias.

I. Es muy cierto que sabemos por S. Gregorio Magno (1) que los justos y amigos de Dios componen en este mundo un hermoso vergel, cuyos cedros son las almas grandes que perseveran siempre firmes en el amor de las cosas celestiales, siempre verdes en su conciencia é incorruptibles por los afectos temporales y terrenos: los espinos blancos, que en Judea tienen una particular lozania y un aroma extraordinario, son aquellos que procuran ganar las almas á Dios, estimulando los corazones con una compuncion saludable, y regocijándolos con el suave olor de la virtud: los mirtos son los que mitigan las tribulaciones de los afligidos con un verdadero espíritu de compasion: los empinados abetos aquellos que en los cuerpos corruptibles se dan á la contemplacion de las cosas eternas: los olmos los seglares que sustentan y asisten con sus bienes á los siervos de Dios, quienes en cambio les suministran el vino delicioso de sus santos documentos; finalmente los bojés son aquellos que aunque no suben tan alto, ni producen gran fruto, se mantienen en el verdor de la recta creencia una vez recibida en el bautismo. Bien sé que Hugo de S. Victor da una significacion mistica á todas las partes de estos árboles escogidos, porque al decir de él la raiz es la fé, el tronco la esperanza, las ramas la caridad, la medula la recta intencion, la corteza la conservacion exterior, las hojas los buenos ejemplos, las flores la honesta fama y los frutos las santas obras.

(1) Homil. 20 in Evangel.

II. Pero á solo la madre de Dios conviene el que una sola criatura forme un vergel entero y sea un paraíso terrenal, un paraíso de delicias. Esta no es una invencion mia, porque antes que yo se apresuraron los santos padres á honrarla con ese precioso título: Santiago en su liturgia y despues Proclo, patriarca de Constantino-
pla, en la arenga que hizo al concilio de Efeso, la llamaron un paraíso espiritual: S. Gregorio Taumaturgo un paraíso racional y un paraíso de incorrupcion (1): Hesiquio un paraíso de inmortalidad (2): S. Efren un paraíso de delicias y de todo género de deleites (3). Lo mismo dijeron S. Andrés de Jerusalem (4), S. Juan Damasceno (5), S. Bernardo (6), S. Buenaventura (7) y otros muchos. Hé aqui una muestra del discurso del abad Ruperto en su libro IV sobre el Cantar de los cantares:

«El paraíso de que habla Moisés, dice, fué el paraíso antiguo, el paraíso terrenal; pero el de que yo trato, es el paraíso nuevo y el paraíso celestial. El mismo Señor que formó el uno, tiró á cordel el otro; pero en el uno puso al hombre que habia formado de barro, y en el otro al hombre que estaba al principio cerca de él, con él y en él. De la tierra de aquel paraíso fueron formados todos los árboles que sirvieron para hermosearle, hasta el árbol de vida plantado en medio de los otros: de este fueron sacadas todas las plantas de gracia y virtud, hasta el verdadero fruto de vida, que es el salvador de nuestras almas. De aquel salia el rio que se dividia en cuatro brazos, y de este el rio de quien decia el salmista: El rio impetuoso alegra á la

(1) Orat. 2 et 3 de Annuntiat. (5) Serm. 2 de dormit. B. V.
(2) Orat. 2 de S. Deipara. (6) Serm. de nativ. B. Virg.
(3) Orat. de Deipara. (7) Specul. B. Virg., c. 42
(4) Orat. de Annuntiat. etc.

ciudad de Dios; rio que sin division se comunica á toda la tierra por los canales de los cuatro evangelios. El paraíso antiguo no pudo guardar al que le cultivaba, ni Adam tuvo la habilidad de conservarle, y por eso fué necesario que Dios hiciese un paraíso nuevo con un nuevo fruto de vida á fin de restituirla al que la habia perdido por su desobediencia.

El paraíso es el honor de la tierra.—Elevacion del paraíso.

III. Del discurso de este insigne devoto de la Virgen tomo pie para entrar en las semejanzas que hay entre los dos paraísos, y repasar algunas de las que él tocó ligeramente. En primer lugar el paraíso que el historiador sagrado nos describe, era una maravilla del mundo y podia llamarse con razon el ornamento de la tierra. Por eso la Escritura le llama unas veces el vergel del Señor, otras el paraíso de Dios y el paraíso de delicias, y le da otros muchos nombres semejantes, que le ensalzan sobre todos los demás lugares del universo. Yo por este emblema no intento otra cosa sino hacer palpar con la mano que la Virgen santísima es verdaderamente el lustre y ornamento de nuestra tierra y la pieza que le da mas precio y nombradía. En segundo lugar siempre ha sido creencia comun que el paraíso terrenal era el lugar mas elevado de todo el mundo; por lo cual el venerable Beda, Rabano y el Abulense en sus comentarios sobre el Génesis y muchos buenos escritores le colocan debajo de la luna: aun Abdias Babilonio trató de hacer creer que S. Mateo fué de esta opinion. Otros con Teófilo, patriarca de Antioquia, le ponen entre el cielo y la tierra, es decir, sobre la cima de los montes mas altos, como yo creo. Quién le fija una situacion; quién otra; sin embargo todos concuerdan en que estaba muy elevado, y no puede ser de

otra manera si nos hemos de atener á lo que se dice en la Escritura. Aunque yo calle, la cosa habla por sí, y siempre encontramos á la madre de Dios sobre la cumbre de los montes mas altos, es decir, ensalzada en gracia, mérito, santidad y toda perfeccion sobre todos los otros santos y aun sobre los espíritus bienaventurados.

Amenidad del paraíso.

IV. En tercer lugar puedo decir que el verjel de Eden era todo abundancia y amenidad. S. Basilio suelta el torrente de su dulce elocuencia para darnos alguna nocion de la lozanía, delicia y fertilidad de aquel lugar. Hé aquí una breve suma de su discurso. «En aquella dichosa mansion, dice (1), no se sabe lo que son nubes ó nieblas, porque está elevado sobre los meteoros que nos oscurecen y ocultan el cielo. Al contrario recibe los primeros rayos del sol y goza de su luz y benéfica influencia mientras recorre su carrera. No hay vientos, ni temporales, ni piedra, ni rayos, ni témpanos de hielo, ni otros rigores de un invierno destemplado. Viene luego la primavera; pero sin grandes humedades: se sigue el estío, pero sin los calores que abrasan. El otoño y el invierno llegan á su turno; pero sin la excesiva sequedad de aquel y sin los rigurosos frios de este. Allí reinan todas las estaciones con sus ventajas y sin sus inconvenientes: la primavera con sus flores, el estío con sus frutos, el otoño con su suavidad, el invierno con su quietud. La tierra produce espontáneamente increíble abundancia de frutos, y por todas partes se ven saltar fuentes cristalinas y correr arroyos de leche: el aire es siempre apacible y templado; el cielo siempre está despejado y sereno; todo

(1) Orat. de paradiso.

produce, todo infunde alegría y contento. » De veras, mi amado lector, ¿en qué pensabas cuando leías las palabras deleitables de este gran obispo? A mi me parece ver pintada á lo vivo el alma de la reina del cielo, que era un verdadero paraíso terrenal por la continua tranquilidad de que gozaba. Nunca se la vió azotada de los vientos de la congoja, nunca agitada por las borrascas de las pasiones, nunca enmarañada con nubes oscuras: sin cesar era alumbrada por los rayos del sol de justicia: sin cesar recibía las benéficas influencias del cielo: sin cesar disfrutaba de paz y serenidad. Pasó por la inocencia de la niñez sin experimentar su flaqueza: se vió en el vigor de la adolescencia sin probar sus arranques: tuvo la fortaleza de la edad madura sin estar expuesta á sus mudanzas: en una palabra llegó á la vejez sin padecer el fastidio y las enfermedades que acostumbra traer consigo. Quitense solamente los trabajos interiores y exteriores con que Dios quiso favorecerla: yo no diré que esta alma era una imagen del paraíso terrenal, sino mas bien un trasunto del paraíso celestial.

El fruto de vida (1).

V. Paso al fruto de vida que nuestro paraíso produjo mas felizmente sin comparacion que el antiguo.

(1) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur.—«El mas precioso ornamento del paraíso terrenal era el árbol de la vida, tan fértil que daba fruto todos los meses, y tan provechoso que sus hojas servian para curar á las naciones. Del mismo modo la mayor gloria de Maria es haber dado á Jesucristo, que será el sustento eterno de los santos y les comunicará la

inmortalidad: su carne gloriosa es en esta vida la levadura de la resurrección y del estado celestial, y por la union de los santos con él y por su mansion en ellos poseerán siempre la gloria del Padre. Su gozo y su inmortalidad, figurados por el perpetuo verdor del árbol de la vida, precaverán todas las enfermedades de que es capaz la criatura por sí.»

Teodoro, obispo de Angory en la Galacia, discurría así acerca de él en el concilio de Efeso: «La Virgen santísima sobrepujo en toda perfeccion al paraíso de delicias, porque si bien la tierra virgen de este produjo toda suerte de frutos sin ser sembrada ni cultivada, aquella le llevó la ventaja de que quedando virgen echó la raíz de Jessé, de donde salió el verdadero fruto de vida, el salvador y redentor de los hombres.» «Bien hayas, paraíso de castidad siempre lozano y verde (le dice S. Basilio de Seleucia) (1), por haber dado á los hombres el único fruto de vida y el verdadero precio de su salvacion. Bendito sea el fruto de la tierra, quiero decir, de tu vientre.» «¡Oh divino paraíso! (le decía san Andrés de Jerusalem) (2): despues que Adam hubo comido de este fruto, echó el bocado venenoso y amargo que habia tragado inconsideradamente: este fruto sacó miel del peñasco, endulzó las aguas de Mara, é hizo llover el maná del cielo: de este fruto salió el racimo que nos sirvió de muestra de la tierra prometida, y de él se hace el pan de bendicion y el vino de la inmortalidad.» «Verdadero paraíso, dice S. Bernardo, que produjo al mundo el fruto de vida, el cual da la vida eterna á cuantos le comen.» «Verdadero fruto de vida, dice S. Buenaventura (3), porque así como el antiguo árbol de vida plantado en medio del paraíso terrenal tenia la virtud de conservar la vida de la naturaleza, de la misma manera el nuevo fruto plantado en medio del paraíso de la iglesia tiene la facultad de conservar aquí la vida de la gracia y en el cielo la vida de la gloria.»

(1) Orat. de Annuntiat.

(2) Specul. B. Virg., c. 14.

(3) Orat. de Annuntiat.

El río que se divide en cuatro brazos.

VI. Haría yo muy mal en pasar en silencio esa fuente de maravillas que se ve saltar á borbotones del paraíso: en su nacimiento lleva ya el nombre de río y va dividiéndose en cuatro grandes brazos, que riegan toda la tierra de bendición. El santo arzobispo de Creta toma á este río por el Salvador del mundo y dice así: «Nuestro paraíso espiritual (entiende á la virgen María) tiene en medio á aquel que le cultiva y á quien toca hacerle fértil. Está representado por diversas figuras; pero especialmente por aquel río maravilloso, que saliendo con increíble fuerza del seno de la madre santísima se derrama por cuatro anchos canales, que son los cuatro evangelios, sobre toda la haz de la tierra.» Lo mismo dice el santo cardenal Pedro Damiano (1); pero con una gracia particular. «El señor Jesus, dice, es el río que sale de los dos paraísos de delicias, es decir, del seno de su eterno padre y del de su bienaventurada madre, aunque de un modo muy diferente. Sale del seno delicioso de su padre por identidad de naturaleza, por distincion de personas, por igualdad de poder, por via de imágen y semejanza, por comunicacion de eternidad. Sale como una fuente de vida que riega de felicidad y contento toda la ciudad santa. Se derrama en cuatro anchos canales que son el embeleso de los espíritus bienaventurados, los cuales se abisman en este manantial de satisfacciones; la gran pureza de que los ha dotado Dios, la hartura que va siempre acompañada de deseo y ansia, la seguridad que tienen de no perder jamás su felicidad y no poder ser turbados en su contento. Por otra parte vedle salir del seno de su

(1) Serm. de Annuntiat.

madre virginal, que es un segundo paraíso de delicias. Sale con la humanidad como la débil arma con que está resuelto á embestir al soberbio gigante: sale con la novedad de un nacimiento inaudito: sale con el esplendor de una luz celestial que eclipsa la de todos los luminaires de arriba: sale con la pobreza, que debe de servirle de fiel compañera el resto de su vida: sale con una increíble agilidad á fin de engañar á la antigua serpiente, que se ha enseñoreado del mundo por sus astucias. Desde ahí va regando toda la tierra, porque no sale con otro intento que para alegrar con las aguas de su gracia la tierra sedienta de nuestro corazón y hacerle fértil por este medio en todo género de frutos. Es conducido por cuatro anchos canales, que describe san Pablo en el primer capítulo de la epístola primera á los corintios; es decir, por su sabiduría, con la cual disipa las tinieblas de nuestra ignorancia; por su justicia, con la que nos libra de la opresion de nuestros enemigos; por su santidad, con la que nos hace agradables á su eterno padre; por su redencion, con la que nos restituye una entera libertad. Si se quiere mejor, esos cuatro canales serán su infinita paciencia, que le hace esperar tanto tiempo al pecador; su misericordia incomparable, que le mueve á recibir tan benignamente á los penitentes; su admirable bondad, que le hace tan liberal para los que aprovechan en la virtud; su singular fortaleza, que es causa de que no pueden serle arrebatados aquellos que le dió su padre. Finalmente podemos decir también que esos cuatro canales son las llagas de su cabeza, de su costado, de sus pies y de sus manos, por donde pasó el precio de nuestra salud; precio que hizo de un juez un padre, de un ofendido un medianero, de una vara de hierro para quebrantarlo todo, un cetro de clemencia, y de las cadenas con que estábamos amarrados, una corona triunfal.

VII. El venerable Pedro Celense opina que por este río impetuoso ha de entenderse la abundancia de la gracia de la Virgen santísima. Nótese, dice (1), que era necesario que este gran río se dividiese en diversos canales, porque no hay ninguna criatura debajo de la madre de Dios que sea capaz de comprender hasta dónde se extiende la gracia y la caridad del Espíritu Santo. A ella sola en calidad de madre del principio de la gracia se le concedió el privilegio de recibir la plenitud de las gracias del Espíritu Santo y la inmensidad de la misma divinidad. Pero ¿qué dulce pensamiento me sugiere el abad Ruperto á propósito de estas aguas! Estoy seguro que nos dejará en la boca el sabor de la miel y el azúcar. Sostiene (2) que el agua es salada por su propia naturaleza; de donde resulta que tiene inclinación á irse á juntar con el mar; pero que la naturaleza la hace subir de esos abismos al paraíso terrenal, donde es como convertida en leche haciéndose potable y propia para dar la vida á la tierra y á las plantas que esta alimenta; de suerte que á juicio del docto abad no podemos tener una sola gota de agua dulce que no haya pasado por el paraíso para trocar su sabor salado y amargo. O yo me equivoco, ó no puede decirse una cosa que muestre mejor la obligacion en que estamos para con la madre de Dios, verdadero paraíso de dulzura; porque es cierto que todos estaríamos anegados en amargura y tristeza, si no se mitigaran nuestros enojos en su seno maternal y si no se disiparan todos los sinsabores de nuestro corazón en cuanto se los damos á conocer. Pero es tan grande nuestra dicha, que no hay mas que pensar en ella para convertir en miel toda la salumbre del mundo. ¿No debemos de concluir que

(1) De panibus, cap. 42.

(2) L. 2 in Genes., c. 24 et 29.

los que pasan su vida disgustados, merecerian aun mayores amarguras, porque no se dignan siquiera de desahogarlas en el amoroso corazón de Maria, donde se disiparian al punto y se convertirian en dulzura?

§. VII.—Que la Virgen es el templo de Dios.

Las tres partes del templo de Salomon comparadas con la Virgen santísima.

I. ¿No advierte el lector que á medida que voy adelantando, trato de realzar mi pensamiento con emblemas que se acercan mas á la divinidad que los primeros? Porque si bien el paraíso terrenal era una obra acabada de la naturaleza, estaba destinado para todos los usos profanos que el hombre tiene que hacer por su condicion mortal. Pero no sucede así con los templos, que son los palacios de Dios y los salones regios donde da audiencia á los hombres, donde se tratan los negocios de la eternidad y donde sin pecado no pueden emprenderse muchas cosas que en otra parte serian actos de virtud. Sea dicho esto de paso, para que comprendamos que no es pequeño honor de la Virgen santísima el haber sido llamada tan comunmente templo de Dios por los santos padres. Digo tan comunmente, porque ese fué el título que le dieron la mayor parte de ellos. Santiago en su liturgia la llama el templo santificado; S. Epifanio el templo de la divinidad (1); S. Juan Crisóstomo el templo vivo y animado de Dios; S. German de Constantinopla el templo del esposo comun de su santa iglesia (2); S. Cirilo de Alejandria el templo indisoluble (3); Proclo arzobispo de Constantinopla, un templo vivo (4); S. Andrés cretense el mag-

(1) Orat. de S. Deipara.

(3) Homil. 6 contra Nesto-

(2) Orat. de nativitate B. rium.

(4) Orat. de nativit. Domini,

Virginis.